

Julie Klassen

*El secreto de
Pembroke Park*



Libros de
seda

*Para mis hermanos, Bud y Dan,
con todo mi amor.*

«Pues nada hay oculto que no llegue a descubrirse ni nada secreto que no llegue a saberse y hacerse público.»

LUCAS, 8:17

Prólogo

Londres, Inglaterra. Mayo 1817



Estaba sentada en la mesa, delante del hombre al que más admiraba y sintiéndome un tanto avergonzada. Cómo me hubiera gustado haberme esmerado un poco más con mi aspecto. Sin embargo, la reunión que había mantenido con el ama de llaves había durado más de lo esperado y apenas me había dejado tiempo para lavarme la cara y hacerme un recogido sencillo. Había pensado llevar puesto mi vestido de noche nuevo —uno de raso de color dorado con un corpiño bordado con rosas rojas—, pero en lugar de eso me había puesto a toda prisa el vestido en tono marfil que solía llevar siempre. Tenía muchos menos botones.

Miré a mi preciosa hermana menor, a la que había peinado y rizado el pelo la doncella de mi madre. Louisa llevaba el collar de esmeraldas que yo tenía pensado ponerme, con la excusa de que a ella le venía como anillo al dedo con su nuevo vestido. «Sabes que la moda no te importa lo más mínimo, Abigail. Así que no armes ningún escándalo. Puedes ponerte el mío de coral. Te queda muy bien con el vestido que siempre llevas.»

Me obligué a recordarme que en realidad no importaba mucho el aspecto que tuviera. Gilbert Scott y yo nos conocíamos desde niños y él me había visto sin una pizca de polvos, con la piel pálida o con granitos y con el pelo suelto, recogido o enredado. Nos habíamos criado como amigos y vecinos desde pequeños, pasando por la difícil etapa de la adolescencia hasta la edad adulta. Hacía mucho tiempo que habíamos dejado atrás aquello de la primera impresión.

No obstante, hoy estábamos en su fiesta de despedida y no volvería a verle en un año, así que quería que se llevara el mejor recuerdo de mí. Y es que, en el fondo de mi corazón, tenía la secreta esperanza de que, quizá, cuando Gilbert regresara de su viaje de estudios, por fin me pidiera que me casara con él.

Durante más de una hora, nuestras dos familias disfrutaron de una comida de varios platos en el salón comedor de los Scott. En la mesa fluyó una conversación amistosa y agradable, pero apenas me di cuenta de lo que comí.

Me volví hacia la hermana de Gilbert.

—¿Cómo va la revista?— pregunté.

—Muy bien, creo. —Susan esbozó una sonrisa y después miró a su hermano—. Bertie, mientras estés fuera deberías escribir una crónica de tus viajes.

—Me parece una idea estupenda, mi amor —dijo el marido de Susan, mostrando su aprobación—. Envíanos algunos bocetos acompañando el texto y lo publicaremos.

Gilbert negó con la cabeza.

—Estaré muy ocupado con los estudios, Edward, pero gracias de todos modos. Susan es la escritora de la familia, no yo.

El padre de Gilbert intervino desde la cabecera de la mesa.

—Pero sí nos escribirás a nosotros, ¿verdad, hijo? Si no, ya sabes lo mucho que me... que se preocupará tu madre.

Los ojos de la señora Scott brillaron, divertidos.

—Por supuesto, querido. Claro que me preocuparé. ¿Acaso tú no?

—Bueno, tal vez un poco... —Hizo un gesto al mayordomo para que le rellenara la copa de vino. Otra vez.

Por encima de mi copa, me encontré con la mirada de Gilbert e intercambiamos una discreta sonrisa.

El señor Scott se dirigió a mi padre.

—Por cierto, Foster, ¿vosotros no invertisteis en ese banco que ha salido hoy en el periódico..., ese que ha tenido problemas?

—Pues... sí, sí, lo hicimos. Mi cuñado es uno de los socios. Pero nos ha asegurado que solo se trata de un pequeño revés y que todo va a ir bien.

Mi padre me miró con cautela y yo me obligué a tranquilizarlo con una sonrisa. Aquel no era ni el lugar ni el momento para hablar de finanzas. Además, no quería empañar de ningún modo la fiesta de despedida de Gilbert.

Después de la comida, los hombres se quedaron fumando y bebiendo oporto y las mujeres nos retiramos a la sala de recepción.

Gilbert, sin embargo, no permaneció con el resto de caballeros, sino que me pidió que lo siguiera a la biblioteca.

Le hice caso, sintiendo cómo los latidos de mi corazón se aceleraban con cada paso.

En cuanto me quedé a solas con mi amigo de la infancia en aquella estancia iluminada por la luz de las velas tuve que recordarme cómo volver a respirar con normalidad. Nos quedamos de pie sobre la alta mesa de la sala, muy cerca el uno del otro, con las cabezas inclinadas para estudiar un dibujo a escala de la fachada de una iglesia de estilo clásico con el que Gilbert había ganado la medalla de plata otorgada por la Real Academia. También le habían premiado con una medalla de oro por el diseño de un ayuntamiento. Y por si fuera poco, gracias a sus logros académicos, además le habían concedido una beca para estudiar arquitectura en Italia. Estaba tan orgullosa de él.

—Al final modifiqué el diseño para crear una fachada más imponente —explicó él—. Añadí un pórtico corintio de seis columnas anchas, inspirado en el Panteón de Roma. ¿Ves la aguja de aquí? La hice para que la parte superior se pareciera a un templo en miniatura...

Hablaba con entusiasmo, pero por una vez no lo escuché. No estaba centrada en el dibujo, sino en el hombre mismo. Aprovechando que tenía la vista clavada en el diseño, me dediqué a estudiar su perfil, a embeberme de sus rasgos. Me fijé en la mandíbula, más definida de lo que recordaba, en aquellos pómulos enmarcados por unas largas y elegantes patillas y sus labios finos, pero tan expresivos cuando hablaba. Se me cruzó por la mente la idea de hacer un retrato de él, aunque no estaba muy convencida de poder hacer justicia a aquel rostro. Olía tan bien. A una mezcla de loción Bay Rum y a menta.

Cuando se movió para señalar un detalle del dibujo, su ancho hombro, vestido con aquel elegante traje de etiqueta, rozó el mío. Percibí el calor de su cuerpo a través de la fina muselina y cerré los ojos para saborear aquella sensación.

—¿Qué te parece?

—¿Mmm? —Abrí los ojos, disgustada conmigo misma por permitir que se percatara de que no lo escuchaba.

—¿La aguja?

En realidad me parecía un tanto excesiva, pero me mordí la lengua. Normalmente solía ofrecer mi opinión o sugerencias cuando me lo pedía, pero ¿quién era yo para criticar un diseño que había ganado una medalla de la Real Academia?

—Muy bonita —murmuré. Fue una observación intrascendente, trivial y femenina. Algo que muy bien podría haber dicho Louisa. Aunque Gilbert, en la euforia del triunfo, pareció no darse cuenta.

Miré por encima del hombro. A través de la puerta abierta de la biblioteca podía ver el salón de los Scott. Allí, Susan deslizó un brazo sobre el de su marido mientras hablaban con mi padre. Mis progenitores llevaban vidas muy diferentes. Mi padre estaba ocupado con su club y las inversiones. Mi madre con sus compromisos sociales, sus obras de caridad y su obsesión por buscarle un marido a Louisa. No, no quería un matrimonio como el de ellos. Quería una vida como la de Susan, trabajando codo con codo con la persona que amaba... Sí, aquello me parecía lo ideal.

Llena de esperanza, me volví hacia Gilbert. Había seguido la dirección de mi mirada hacia su hermana recién casada. Después, nuestros ojos se encontraron brevemente, pero bajó la vista al instante. Me fijé cómo se movió su nuez en la garganta y la forma en que sus dedos jugaron con una esquina del plano.

Al percibir su nerviosismo se me encogió el corazón. ¿Había llegado el momento? ¿Estaría a punto de proponerme matrimonio?

—Sabes lo mucho que significas para mí, Abby —comenzó—. Y me he dado cuenta de que quizás estés esperando que...

Se detuvo y tragó saliva. ¿Acaso habría adivinado mis atrevidos pensamientos?

—No, no. No espero nada —le aseguré. «Todavía no», añadí para mí. Él hizo un gesto de asentimiento, aunque rehusó mirarme a los ojos.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo, pero tienes que saber que... que durante el año que esté en el extranjero pueden pasar muchas cosas y no creo que ninguno de nosotros deba atarse con ningún tipo de promesa.

—Oh. —Parpadeé, al tiempo que se me hacía un nudo en el estómago. Me dije que tal vez solo estaba protegiéndome, que sin lugar a dudas quería lo mejor para mí. Así que forcé una sonrisa—. Sí, tienes razón, Gilbert. Es lo más sensato.

En ese momento, la madre de Gilbert entró en la biblioteca.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo—. Venid conmigo. Estamos sirviendo el café y tu padre necesita beber mucho. —La señora Scott le dio una palmada a su hijo en el brazo—. Está tremendamente orgulloso de ti..., pero muy triste por tu partida.

«Igual que yo», pensé.

Más tarde, cuando la velada llegaba a su fin y mientras mis padres daban las gracias al señor y a la señora Scott por la cena, fui en busca de Gilbert con la esperanza de despedirme de él en privado. En su lugar me lo encontré con mi hermana. En el vestíbulo. Solos.

Con el corazón en un puño, contemplé cómo Louisa le pasaba algo antes de decirle:

—Para que me recuerdes.

Gilbert se lo metió en la cartera y se la guardó sin dejar de mirar su bello rostro ni un solo instante. A continuación, esbozó una sonrisa y apretó la mano de Louisa.

Mareada, me di la vuelta sin esperar a oír su respuesta.

¿Qué le había dado Louisa? ¿Una miniatura? ¿Un ojo de amante?¹ ¿Un anillo con un mechón de su cabello? No había visto que Gilbert se pusiera nada en el dedo, solo en la cartera. Seguro que era algo sin importancia... Nada que indicara un cortejo o futuro compromiso. Además, aunque Louisa hubiera desarrollado un afecto adolescente por nuestro vecino, aquello no implicaba que Gilbert fuera a corresponderla. Sin duda, era demasiado educado como para rechazar su regalo, fuera lo que fuese.

Sin embargo, cuando todos nos reunimos momentos después en la puerta de entrada para despedirnos de Gilbert y desearle lo mejor en su viaje, lo único que pude hacer fue forzar una sonrisa y fingir que no había pasado nada.

Ahí fue cuando Gilbert me tomó de la mano y me miró con la ternura fraternal a la que estaba acostumbrada.

—Abby. Sé que no me olvidarás. Yo tampoco lo haré. Tu padre me ha dado permiso para mantener correspondencia contigo y con tu hermana. ¿Me escribirás?

—Si es lo que deseas.

1 N. de la Trad.: Pieza de joyería (anillo, camafeo, brazalete...) que incluye el retrato en miniatura de un ojo de un ser querido y que se popularizó durante la época georgiana.

Me dio un cálido apretón y después se volvió para estrechar la mano de mi padre y besar en la mejilla a mi madre, lo que consiguió que se ruborizara. Cuando llegó el turno de dirigirse a Louisa lo vi vacilar durante un instante. Entonces mi hermana inclinó recatadamente la cabeza y él le correspondió con un gesto similar antes de murmurar: «Señorita Louisa».

Mi hermana lo miró y a través de sus largas pestañas observé un brillo delator en sus ojos que nadie más pareció percibir.

¿En qué momento habían cambiado las cosas entre ellos? Louisa siempre había sido la molesta hermana pequeña, alguien de quien burlarse y a quien evitar. Aquella cuya trenza solo servía para darle algún que otro tirón, no como una prueba de amor.

Había querido con todas mis fuerzas que el año que Gilbert estuviera en el extranjero pasara volando. Ahora ya no lo tenía tan claro.

Ansiaba saber cómo sería la vida después de su regreso: una vida en la que él desempeñaría un papel fundamental.

De pronto, el futuro me parecía mucho más incierto.

Capítulo 1

Diez meses después. Marzo 1818



El estuche estaba abierto sobre el escritorio. Las esmeraldas verdes brillaban haciendo contraste con el terciopelo negro del forro. Habían heredado el collar y la pulsera a juego por el lado de la familia Foster. La familia de su madre no tenía piedra preciosa alguna que transmitir. Y pronto ninguna de las dos ramas tendría nada que ofrecer.

Cuando su padre cerró el estuche, Abigail hizo una mueca de dolor, como si acabaran de darle una bofetada.

—Di adiós a las joyas de la familia —señaló su padre—. Supongo que tendré que venderlas con la casa.

De pie, frente al escritorio, Abigail apretó los puños.

—No, papá, las joyas no. Tiene que haber otra forma de...

Casi había pasado un año desde que Gilbert se fuera de Inglaterra. Tiempo durante el cual también había cumplido los veintitrés. Desde luego, había estado de lo más acertada cuando predijo el incierto futuro que le aguardaba en la víspera de su partida.

¿En qué había estado pensando? Que pudiera dirigir una casa grande y al personal a su cargo no significaba que supiera lo más mínimo sobre inversiones. Se consideraba una de esas personas que solía sopesar las cosas con cuidado, investigar los pros y los contras antes de actuar, lo mismo daba que se tratara de la elección de una nueva costurera o de la contratación de una nueva sirvienta. Abigail era la hija sensata y siempre se había enorgullecido de tomar las decisiones más lógicas. Por eso su madre había delegado en ella la mayor parte de las gestiones propias

del hogar. Incluso su padre tenía muy en cuenta su opinión antes de hacer nada.

Ahora estaban al borde de la ruina... y todo por su culpa. Hacía poco más de un año que había animado a su padre para que invirtiera en el nuevo banco del tío Vincent. El hermano de su madre era su único tío y siempre le había tenido mucho cariño. Era un hombre encantador, entusiasta y un eterno optimista. Él y sus socios, el señor Austen y el señor Gray, eran propietarios de otros dos bancos y quisieron abrir un tercero. El tío Vincent había pedido a su padre que lo avalara con una importante suma de dinero y este, influenciado por la propia Abigail, había aceptado.

En un primer momento, los bancos fueron todo un éxito. Pero los socios comenzaron a hacer préstamos excesivos y muy arriesgados, llegando incluso a prestarse entre ellos. Con el tiempo, pudieron vender uno de los bancos, pero tuvieron muchas dificultades para mantener a flote los otros dos. El banco nuevo terminó su actividad en noviembre y hacía tan solo una semana que el primer banco había quebrado, lo que obligó a los socios a declararse en bancarrota.

Abigail apenas se lo podía creer. Su tío había estado tan convencido de que los bancos funcionarían que le había contagiado su entusiasmo.

Sentado en su escritorio, su padre hizo a un lado el estuche y deslizó un dedo por el libro de cuentas.

Ella esperó su veredicto con las palmas sudorosas y el corazón latiendo a toda prisa.

—¿Es muy grave? —preguntó, retorciendo las manos.

—Bastante. No estamos en la ruina absoluta, y tú y tu hermana todavía conserváis vuestras dotes. Pero he perdido la mayor parte de mi capital, y con él los intereses.

Se le hizo un nudo en el estómago.

—Una vez más, lo siento, papá. No sabes cuánto —dijo—. Estaba tan segura de que lo del tío Vincent y sus socios sería un éxito...

Su padre se pasó una mano cansada por su apuesto y delgado rostro.

—No debería haberme dejado influenciar por vosotros dos. Ya he visto a tu tío fracasar en el pasado con algunas de sus aventuras empresariales. Pero tú siempre has tenido la cabeza sobre los hombros, Abigail. Creí que podía confiar en tu buen juicio. Y no, con esto no quiero echarte toda la culpa. Yo también soy responsable de esta situación. Y por supuesto, Vincent.

Ver a su padre tan decepcionado y desilusionado —con ella y con la vida— hizo que la culpa y el arrepentimiento la carcomieran por dentro. El tío Vincent responsabilizaba a sus socios y a los préstamos de alto riesgo que habían hecho. Pero al final, con independencia de quién fuera el culpable, el hecho era que Charles Foster había aceptado actuar como garante. Y aunque no era el único que había sufrido un perjuicio económico cuando los bancos se fueron a pique, sí fue el que perdió más dinero.

Su padre negó con la cabeza y torció la boca en una amarga mueca.

—No sé cómo voy a decirle a Louisa que al final tendrá que renunciar a su temporada. A ella y a tu madre les hacía tanta ilusión...

Abigail asintió en silencio. La temporada de Londres era conocida por ser el coto de caza ideal para pescar un marido rico. Esperaba que el entusiasmo de Louisa ante la perspectiva significara que no estaba esperando el regreso de Gilbert Scott. Si su hermana y Gilbert habían llegado a un acuerdo, estaba claro que Louisa se lo había ocultado a su madre, que estaba decidida a proporcionar a su hija una temporada espectacular. A los diecinueve años, Louisa estaba en la cima de su belleza, o eso decía su madre, que no dejaba de insistir en que aquel era el momento perfecto para buscarle un compromiso de lo más ventajoso.

Su padre se recostó sobre la silla y, derrotado, soltó un suspiro.

—Si al menos pudiéramos evitar vender la casa. Pero por mucho que nos guste, es demasiado grande y demasiado cara. Supongo que ese es el precio que hay que pagar por pertenecer a la alta sociedad.

Por no mencionar el alto coste que suponía mantener el estilo de vida propio de la aristocracia de Grosvenor Square, aunque en realidad no poseían ninguna tierra o título nobiliario. Su padre solo era un caballero adinerado que nunca había tenido la necesidad de trabajar. La familia obtenía su renta de los intereses de la herencia y de las sensatas inversiones que habían ido haciendo a lo largo de los años... hasta ahora.

De nuevo, acudió a su mente la sugerencia de Gilbert de que no era conveniente que se ataran con ningún tipo de promesa, así que enderezó los hombros y añadió con determinación:

—Sí, papá. Venderemos la casa, pero no las joyas de la familia. No mientras tengamos otra opción.



Más tarde, su padre pidió a su madre y a Louisa que se reunieran con ellos en el estudio e intentó explicarles la situación. Abigail se dio cuenta de que en ningún momento le echaba la culpa, pero no por ello se sintió menos desconsolada, pues sabía el papel que había desempeñado en todo aquello.

—¿Vender nuestra casa? —protestó Anne Foster en cuanto su padre terminó.

—¿Sabes, mamá? Puede que no sea tan malo después de todo —apuntó Louisa—. Grosvenor Square ya no es tan elegante como antes. He visto algunas casas preciosas en la calle Curzon en las que podríamos vivir perfectamente.

—¿La calle Curzon? —repitió su padre—. Me temo que no será posible, querida.

—Creo que lo más acertado sería vivir en otro lugar —intervino Abigail—. En una ciudad más pequeña, o incluso en el campo; así no nos veríamos obligados a tener un ejército de sirvientes, dar grandes cenas o vestir a la última moda.

—¿Al campo? —Louisa torció su preciosa cara y puso un gesto de desagrado, como si acabara de encontrar un ratón en la sopa—. A menos que estemos hablando de una de esas enormes casas de campo donde se dan mil recepciones, se organizan cacerías de zorros o esas que cuentan con inmensos jardines con laberintos incluidos...

—No, Louisa. Me temo que no. Tiene que ser algo más modesto.

—Oh, ¿por qué nos tiene que pasar esto? —se lamentó su madre—. ¿Qué sucederá ahora con la temporada de Louisa? ¿Y su dote? ¿Nos hemos quedado sin nada? ¿Es que nuestra hija pequeña no va a tener ninguna oportunidad de conseguir un buen matrimonio?

—Yo no he dicho eso. Y Louisa sí tendrá su temporada. —Su padre miró a Abigail con ojos preocupados antes de desviar la mirada—. Conseguiremos el dinero suficiente para que Louisa tenga un guardarropa adecuado y lo que sea que necesite. Confío en que tu tía Bess nos permita quedarnos en su casa unos meses.

—Por supuesto que nos dejará. Aunque... no termino de entenderlo. Creía que habías dicho que no teníamos dinero suficiente.

Su padre volvió a mirarla y continuó explicando la situación.

—Abigail ha tenido la amabilidad de...

Pero ella lo interrumpió.

—He ayudado a papá a encontrar algunas formas de ahorrar. Dinero que habíamos reservado por si venían... tiempos difíciles. Y unas cuantas cosas que podemos vender...

—¡No las esmeraldas de tu padre! —exclamó su madre.

Abigail negó con la cabeza.

—No, las esmeraldas no.

Su madre asintió con firmeza.

—Bien. Louisa también debería tener la oportunidad de llevarlas, como hiciste tú.

Agradeció aliviada que su madre se abstuviera de añadir un «aunque de nada sirvieron» o algo por el estilo.

Forzó una sonrisa y agregó:

—Muy bien, entre todos vamos a sacar dinero de donde sea para que Louisa tenga una temporada inolvidable. La temporada que se merece.

Durante un instante, su madre la miró como si estuviera hablando en otro idioma. Incluso se temió que tratara de pedir más explicaciones sobre de dónde obtendrían ese dinero; puede que hasta sugiriera que usaran su propia dote, ya que a esas alturas ella no la necesitaría. Una cosa era ofrecerla por voluntad propia —como había hecho en privado con su padre— y otra muy distinta que la humillaran dejando entrever que mantener su dote sería desperdiciar los fondos de la familia.

Sin embargo, su madre, que ahora estaba más calmada, se limitó a decir:

—Como debe ser. —Apretó la mano de Louisa—. ¿Ves, querida? Al final sí vas a tener tu temporada. ¿Qué te había dicho? Vas a conocer al joven más apuesto, más rico y con las mejores conexiones. ¡Estoy plenamente convencida!

Y así, la señora Foster y Louisa se marcharon a hablar de vestidos y moda y Abigail empezó a ayudar a su desilusionado y decepcionado padre a encontrar un lugar más asequible para vivir.



Abigail se puso en contacto con un agente inmobiliario y estuvo mirando alguna casa que se adaptase a sus necesidades. Pero no encontró nada que tuviera el espacio suficiente según los criterios de su madre y que se ajustase a su prudente presupuesto. Por eso se vio obligada a rechazar varias propuestas por su elevado precio.

Una tarde, entre un montón de correspondencia relativa a diferentes propiedades, recibió una carta de Gilbert Scott con matasellos de Roma. En cuanto la vio, el corazón le dio un vuelco, como le sucedía siempre que leía su nombre escrito con esa letra tan pulcra típica de él. Durante los meses anteriores, Gilbert había enviado cartas tanto a ella como a su hermana. Leía ensimismada todos los detalles y descripciones sobre sus estudios y la arquitectura de Italia —a veces acompañados de dibujos en los márgenes— y le respondía con diligencia. No tenía ni idea del tipo de misivas que le escribía a su hermana, aunque se temía (y esperaba equivocarse) que eran de un estilo más romántico que las suyas.

Se retiró a su habitación para leer la carta en privado.

Mi querida Abby:

Hola, vieja amiga. ¿Cómo va todo por Londres? Me imagino que estarás muy aburrida sin mí por allí para bromear contigo y llevarte a dar un paseo para ver Saint Paul, la construcción del hospital Bethlehem, alguna conferencia o a cualquier otro sitio. Italia es un país espectacular que seguro que te encantaría, pero no te voy a abrumar con detalles para no arriesgarme a que te pongas celosa y no vuelvas a escribirme.

Has sido muy atenta al responder a todas mis cartas. No sabes cuánto te lo agradezco. Por mucho que disfrute de Italia y de mis estudios, no me avergüenza admitir, ya que me conoces tan bien, que de vez en cuando me siento un poco solo. ¡Cómo me gustaría caminar contigo por la plaza Venecia y enseñarte el foro romano!

Llevo un tiempo sin saber nada de Louisa. Como tú, no tardaba en responderme al comienzo de mi travesía. Pero sus cartas se han ido espaciando cada vez más. Espero que esté bien de salud, lo mismo que tú y tus padres, por supuesto. Tal vez he hecho algo que la haya ofendido. Si es así, no ha sido mi intención en absoluto. Por favor, házselo saber. Si todas las mujeres fueran tan amables y magnánimas como tú...

En tu última carta me preguntabas qué edificio me gustaba más. Me he dado cuenta de que cada día que pasa tengo un nuevo favorito. Lo cual me recuerda que es mejor que empiece

a despedirme. Estamos a punto de salir de la basílica de Santa María del Fiore, en Florencia. Quizás acabo de encontrar mi edificio favorito de hoy.

*Con todo mi afecto,
Gilbert*

Dobló la carta y la apretó contra su pecho durante un instante, imaginándose el apuesto rostro de Gilbert mientras escribía aquella misiva con expresión concienzuda, los dedos manchados de tinta y la punta de la lengua sobresaliendo de entre sus labios, como solía hacer cuando se concentraba en algo. Después, se imaginó a sí misma caminando del brazo de él por las calles de Roma y...

—¿Por qué sonríes? —preguntó Louisa, parada en el umbral de su puerta.

—Por una carta que he recibido de Gilbert.

—¿Y qué te cuenta esta vez? Supongo que más descripciones interminables de columnas y cúpulas.

—Puedes leerla si quieres. —Abigail tendió la carta a su hermana para demostrarle que no tenía nada que ocultar, con la esperanza de que Louisa hiciera lo mismo con ella. Aunque esta nunca había manifestado ningún signo de estar celosa de su hermana mayor.

Louisa rechazó la oferta con un gesto de la mano.

—Tal vez más tarde.

—Se pregunta por qué llevas un tiempo sin escribirle —comentó—. Teme haberte ofendido.

—En absoluto —contestó su hermana con un delicado encogimiento de hombros—. Es que he estado muy ocupada respondiendo invitaciones, ultimando detalles de mi guardarropa y cosas similares. Y ahora que ya ha pasado la Pascua y ha comenzado la temporada... Bueno, imagino que te acordarás de cómo era. Te acuestas de madrugada, te levantas a última hora de la mañana y te pasas toda la tarde atendiendo y haciendo visitas.

Nunca había confesado a Louisa que había sido testigo de su encuentro privado con Gilbert, ni le había preguntado qué era lo que le había dado como regalo de despedida. Tal vez había llegado la hora de hacerlo.

—Louisa, sé que le diste algo a Gilbert antes de que se marchara. ¿Es un secreto o...?

Su hermana parpadeó sorprendida.

—¿Te lo ha contado Gilbert en alguna de sus cartas? Yo... Le di un mechón de pelo. No te importa, ¿verdad? Siempre estás diciendo que Gilbert y tú solo sois amigos.

¿En serio? Tragó saliva.

—Bueno, sí. Buenos amigos.

¿Había pedido Gilbert a su hermana que le diera un mechón? ¿Lo llevaría guardado en un anillo? La mera idea le contrajo el estómago de tal modo que no quiso seguir preguntando. No estaba segura de querer saberlo.

Logró salir del paso con una típica frase de hermana mayor.

—Louisa, es de mala educación dejar pasar mucho tiempo a la hora de responder a una carta. Seguro que al menos puedes enviarle algunas líneas. Aunque solo sea para informarle de que te encuentras bien y de que seguís siendo... ¿amigos?

Su hermana se dejó caer en un sillón. Solo en su presencia olvidaba su habitual preocupación por la elegancia y buenas maneras.

—Está bien. —Entonces la miró con un destello de humor en los ojos y esbozó una de sus sonrisas más encantadoras—. O también podrías hablarle de mí cuando le contestes. Seguro que tu carta estará mañana mismo en correos.



Enseguida empezaron a recibir ofertas de compradores interesados en su casa: la mejor de ellas incluía como condición quedarse con la mayor parte de los muebles. Aunque les tranquilizó bastante recibir una propuesta tan buena, sabían que en cuanto su padre terminara de pagar el aval no les quedaría mucho para gastar en su nuevo hogar. A pesar de sus constantes esfuerzos, Abigail comenzó a perder la esperanza de encontrar una vivienda que cumpliera las expectativas de todos los miembros de la familia.

Entonces, a principios de abril, mientras conversaba con el ama de llaves sobre menús un poco más modestos y otros cambios que ayudasen a ahorrar, un sirviente las interrumpió.

—Señorita, su padre me ha pedido que le diga que quiere que se reúna con él en su despacho.

—¿Ah, sí? Creía que estaba con una visita.

—De hecho, ahora mismo está con él. —Y con una inclinación de cabeza se marchó sin dar más explicaciones.

Abigail despidió al ama de llaves con un agradecimiento y se dirigió al despacho de su padre.

Una vez dentro se lo encontró sentado detrás del escritorio. A un lado, frente a una de las ventanas, había un hombre de pie vestido de negro.

Lo miró con cierta vacilación y dijo:

—¿Has preguntado por mí, padre?

—En realidad ha sido este caballero el que ha pedido que vengas —respondió su padre señalando al hombre.

Se trataba de un varón de unos sesenta años. No muy alto, pero de aspecto distinguido gracias a su levita negra y chaleco gris marengo. El cuello alto de la camisa blanca enmarcaba un rostro de lo más llamativo. Tenía los párpados caídos bajo unas espesas cejas arqueadas tan negras como las alas de un murciélago y dos profundas arrugas en forma de surco que iban desde ambos lados de la nariz recta hasta las comisuras de la boca. Llevaba las mejillas pulcramente afeitadas y un bigote pequeño acompañado de una perilla estilo Van Dyke del mismo color del pelo: negro con un toque plateado por las canas. Pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos. Sagaces y calculadores. Astutos y perceptivos.

Estaba bastante segura de que nunca lo había visto antes. Sin duda lo habría recordado. Entonces, ¿por qué había requerido su presencia?

—¿Nos conocemos de algo, señor? —preguntó.

—No, señorita. No he tenido el placer —respondió sin mostrar ningún signo que evidenciara que le apeteciera conocerla incluso ahora.

Su padre, aunque tarde, decidió hacer las presentaciones.

—Esta es mi hija mayor, la señorita Abigail Foster. Abigail, este es el señor Arbeau. Es abogado.

A Abigail se le hizo un nudo en el estómago. ¿Se habrían agravado los problemas de su padre por culpa de la quiebra del banco del tío Vincent? ¿Estaba a punto de decirles que debían más dinero? Apretó una mano. Ya habían perdido demasiado.

El señor Arbeau hizo una seca reverencia y después volvió a enderezarse cruzando los brazos detrás de la espalda. Toda esa elegancia austera le daba un aire un tanto intimidante.

El abogado clavó la mirada en algún punto por encima de su padre y comenzó a explicar la razón de su presencia.

—Señor Foster, tengo entendido que actualmente está afrontando una crisis financiera y que el hecho de que le ofrecieran una vivienda espaciosa a un precio asequible sería de lo más oportuno, ¿me equivoco?

La expresión de su padre se tornó sombría.

—No me hace ninguna gracia que mis asuntos privados circulen por ahí en boca de extraños, señor Arbeau.

—Entonces le sugiero que no lea los periódicos, señor. —El abogado hizo un gesto con su elegante mano y a Abigail no le pasó desapercibido el anillo de oro que llevaba en el dedo meñique—. Sí, sí. Es usted un hombre orgulloso, lo entiendo. Aunque espero que no demasiado. Al menos no hasta que considere la oferta que estoy a punto de hacerle.

Su padre entrecerró los ojos.

—¿Qué oferta? ¿Supongo que tiene una casa «espaciosa» en alquiler?

—No, yo no. Pero uno de mis clientes sí posee una mansión antigua y me ha dado instrucciones para ofrecérsela en unos términos muy ventajosos.

—¿Y quién es ese cliente? —preguntó su padre.

El señor Arbeau apretó los labios.

—Un pariente lejano suyo que proviene de una familia importante con propiedades en la zona oeste de Berkshire. Eso es todo lo que se me permite decirle.

—Si es un pariente, ¿a qué viene tanto secretismo? —El abogado le sostuvo la mirada, pero no respondió. Su padre miró hacia arriba, concentrado en lo que acababa de decirle—. Ahora que lo pienso, sí tengo algunos antepasados en Berkshire. ¿Puede al menos decirme el nombre o la ubicación de dicha propiedad?

—Pembroke Park. Escrito con dos oes.

—Ah. —Los ojos de su padre se iluminaron—. Mi abuela por parte materna era una Pembroke.

El señor Arbeau continuó mirándolo, aunque ni confirmó ni negó la conexión.

—Por favor, entienda que no está heredando dicha propiedad —dijo. De hecho, los herederos más próximos siguen con vida y el testamento está paralizado a la espera de probar algunas cuestiones sucesorias. No obstante, el actual albacea de la herencia vive fuera y quiere que la finca esté ocupada, a ser posible por familiares que sean merecedores de ello.

—Ya veo... —Su padre juntó las yemas de los dedos de ambas manos y Abigail pudo ver cómo su mente empezaba a trabajar, sopesando si debía sentirse halagado o insultado por ser considerado un familiar «merecedor».

—La casa tiene dos plantas principales y cinco dormitorios —continuó el señor Arbeau—. También cuenta con habitaciones para el servicio en el ático, así como cocinas y espacios de trabajo doméstico en el semi-sótano. A todo esto hay que añadir una iglesia, establos y edificaciones anexas, más casi cuatro hectáreas de zonas verdes, estanques, huertos y jardines que llevan años descuidados.

—Pero una finca tan grande... —interrumpió Abigail—. Me temo que está por encima de nuestras... necesidades.

El abogado sacó una tarjeta de un bolsillo interior en la que había escrita una cifra. A continuación, se la pasó a su padre, que a su vez se la entregó a ella. Abigail la miró y alzó ambas cejas asombrada. Después se dejó llevar por la curiosidad y le dio la vuelta. El dorso era una simple tarjeta de visita grabada con el nombre de «Henri Arbeau, abogado».

—Desde luego, es una oferta inusualmente razonable y muy generosa —reconoció ella—. Pero me temo que no podemos hacer frente a los gastos de personal y mantenimiento de una propiedad de esas dimensiones.

El abogado le lanzó una mirada sagaz y respondió.

—Veo que mi cliente tenía razón al solicitar su presencia en esta reunión, señorita Foster. —Sacó un segundo trozo de papel del bolsillo—. Me han autorizado para contratar y remunerar a un servicio de personal básico, aunque mi comisión no incluye *chefs* franceses o una miríada de lacayos. —Miró la lista que contenía el papel—. Se les proporcionará una cocinera/ama de llaves, un ayudante de cocina, un sirviente y dos criadas. Los asistentes personales, como el ayuda de cámara, la criada de la señora o similares, correrán por su cuenta. Si están de acuerdo.

Abigail abrió la boca para expresar su incredulidad, pero antes de que pudiera decir nada, el señor Arbeau la interrumpió alzando la mano.

—Y ahora, antes de que me agradezcan a mí o a mi cliente tan «generosa» oferta, debo pedirles que moderen sus expectativas y gratitud. La casa lleva dieciocho años tapiada y sin ocupantes.

Abigail lo miró boquiabierta antes de clavar la vista en su padre para observar su reacción. ¿Se habría llevado la misma decepción que ella? ¿Por qué dejaría alguien una casa abandonada durante casi dos decenios? ¿En qué condiciones estaría?

—¿Puedo preguntar por qué ha permanecido vacía tanto tiempo?
—quiso saber su padre.

—No me corresponde juzgar las decisiones que mi cliente tomó en el pasado a este respecto. Lo único que puedo decir es que ni mi cliente ni nadie de su familia han podido, o querido, vivir allí.

—¿Y no se ha alquilado hasta ahora?

—No. —El señor Arbeau soltó un suspiro de impaciencia—. Miren, mi cliente sabe que su familia necesita una vivienda y desea satisfacer dicha necesidad. Pueden estar seguros de que se hará todo lo necesario para que sea habitable. Yo mismo les acompañaré para que juzguen con sus propios ojos si pueden vivir en Pembroke Park haciendo las mejoras pertinentes. Y si están dispuestos a permanecer allí durante al menos doce meses para que la inversión merezca la pena, mi cliente pagará todas las reparaciones, limpieza y cinco miembros del personal a su cargo para garantizar su comodidad.

Abigail se quedó mirando al vacío, intentando hacer un cálculo mental de los considerables gastos que el cliente de aquel abogado estaba dispuesto a afrontar en comparación con la modesta renta que pedía a cambio. Cuando se dio cuenta de la enorme diferencia, parpadeó sorprendida, aunque también sintió una cierta desazón en la base del estómago. Si algo le había enseñado hacer negocios con el tío Vincent era que no había que fiarse de todo aquello que pareciera demasiado bueno para ser verdad. Pero ¿podían permitirse el lujo de dejar pasar una oportunidad así?

Su padre, que o no parecía tan consciente de la naturaleza desconcertante de la oferta o simplemente creía que se la merecía, señaló:

—Supongo que los sirvientes prepararán la casa antes de que lleguemos, ¿verdad?

—Supone usted mal —replicó el señor Arbeau con aspereza—. Mi cliente ha sido especialmente insistente en ese punto. Tanto usted como la señorita Foster tendrán que estar conmigo cuando se proceda a la retirada de los tablones que tapian la casa y la abramos por primera vez desde 1800.

Ahora fue a su padre a quien le tocó abrir la boca asombrado.

—Pero... ¿por qué?

—Porque así lo quiere y lo ha estipulado mi cliente. —Su tono no invitó a hacer más preguntas.

Su padre inclinó la cabeza para sopesar un poco más todo aquello, aunque el ceño fruncido que mostraba era una clara señal de lo perplejo que estaba.

El reloj sobre la repisa de la chimenea marcó la hora.

El abogado consultó su lista una vez más y volvió a doblarla instantes después.

—Hay una posada no muy lejos de la propiedad. Si descubrimos que la casa es inhabitable, podrán dormir en ella hasta un máximo de dos semanas, siempre y cuando vayan a la finca todos los días para supervisar el trabajo de los sirvientes. —Se metió la lista en el bolsillo y agregó con tono condescendiente, casi burlón—: Si están ustedes de acuerdo, por supuesto.

Abigail miró de soslayo a su padre y vio que se estaba poniendo rojo. Temiendo que terminara despidiendo al hombre con una respuesta descortés, se apresuró a decir:

—Vuelvo a repetir que es una oferta muy generosa, señor Arbeau. Y no encuentro objeción alguna en visitar, aunque solo sea una vez, Pembroke Park. ¿Y tú, papá?

Su progenitor vaciló al observar su expresión de súplica.

—Bueno... sí. Supongo que no.

—¿Está la casa amueblada o tendremos que llevar nuestras cosas? —preguntó Abigail, acordándose de la oferta más alta que habían recibido por su vivienda, supeditada a que dejaran los muebles.

—Sí, completamente amueblada —respondió el señor Arbeau—. Nunca he estado dentro, pero mi cliente me ha asegurado que encontrarán Pembroke Park con todos los enseres y mobiliario necesarios para vivir, aunque llenos de polvo como se pueden imaginar. —Terminó con un brillo de ironía en la mirada.

Podría ser la oportunidad perfecta para mejorar las finanzas de la familia y recuperar la confianza de su padre.

Con la esperanza de no estar llevando de nuevo a su progenitor por el mal camino, cuadró los hombros y forzó una sonrisa.

—Bueno, no somos de los que nos asustamos por un poco de polvo, ¿verdad, papá?

En cuanto fijaron la fecha para visitar Pembroke Park, el peculiar señor Arbeau y su sorprendente oferta abandonaron su casa. Y fue entonces cuando Abigail respiró aliviada.